

# El concepto de la literatura desde América Latina

GRACIELA MATURO \*

---

- 1) Hacia una teoría de la literatura desde América Latina.
- 2) Creación, lectura y crítica literaria.
- 3) La literatura en la reconstrucción cultural.

## 1. Hacia una teoría de la literatura desde América Latina

Dentro del amplio movimiento de autoconciencia cultural que vive nuestra América, y que en gran medida ha conocido un impulso desde la Argentina en los años 70, adquiere un lugar propio e insoslayable la valoración, ubicación histórica y redefinición de la literatura.

Cinco siglos han sido suficientes para el rápido y dramático periplo de la cultura latinoamericana, hoy paradójicamente abocada a tensiones que ponen en crisis su subsistencia, y a la vez a un intenso trabajo de conciencia de sí, que se manifiesta en una reactivación de su memoria histórica y en la teorización filosófica de su ser cultural. La atención reclamada por la literatura se asienta en múltiples razones: en primer término, una consideración profunda y atenta a la real naturaleza de la expresión estética le devuelve su carácter de discurso e incluso de filosofía, llamando la atención sobre la necesidad de reflexionar sobre

---

\* Ensayista, directora del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Argentina.

ella; en segundo lugar, el escritor ocupa un lugar destacado en nuestra América, donde no han faltado quienes observan que a falta de filósofos sistemáticos a la manera europea, existen grandes poetas y novelistas que son filósofos, nuestros filósofos; por último, en la joven cultura de nuestros pueblos la literatura ha sido reserva histórico-cultural importantísima, y a la vez una mediación indispensable entre culturas, clases, lenguas y modalidades disímiles. Reformular un concepto de la literatura acorde con la cultura latinoamericana es un imperativo de los tiempos, y una actitud exigida por nuestra propia evolución histórica. Desde el horizonte simbólico inherente al ámbito humano surge a la creación como nivel de mayor elaboración en que los símbolos son recreados, y en un nivel distinto aparece la racionalización crítica, la reflexión, la teoría. La complementación entre ese estrato fundante que da sentido a la vida, y su conciencia autorreflexiva, es un estado ideal de equilibrio que ha caracterizado a las grandes culturas en momentos de plenitud que hemos llamado clásicos. América prepara su clasicismo. Europa ha privilegiado en los dos últimos siglos un concepto de literatura que coincide cada vez más con la escritura, y que finalmente despoja a ésta de su vinculación con el horizonte de sentido del lenguaje. Se dirá que la gramatología, al dar por concluido el logocentrismo europeo, puede abrirse a la valorización posible de las culturas de la periferia; nosotros vemos más bien, en su nihilismo, la negación de toda posibilidad histórica y cultural, la muerte de la palabra. Un espacio cultural vacío de símbolos, de memoria histórica, empieza a ser recorrido por seudolenguajes computacionales desprovistos de intencionalidad, en el mundo babélico y horizontal de los países del hiperdesarrollo. Frente a ellos, las comunidades llamadas periféricas no sólo se resguardan en su condición ingenua o regresiva; también les es dado abordar un nivel de teorización acorde con sus culturas, desprender de éstas las categorías de una epistemología nueva, y entrar en el diálogo indispensable con la cultura hegemónica que hoy impone un nuevo iluminismo.

En función de ello nos es lícito preguntarnos si corresponde, en América, seguir identificando meramente lo literario con el signo escrito. Sin desconocer el nivel de desarrollo específico inherente a la escritura y a la lectura, debemos reconocer entre nosotros la disparidad y diversidad de niveles culturales, de tiempos históricos, de modalidades de lenguaje, que hacen justamente la riqueza y virtualidad futura de América. Esa pluralidad un tanto anacrónica es incentivo de creadores ilustrados, de

recopiladores, de estudiosos, que desde afuera de nuestro espacio o desde dentro del mismo se proponen una recreación cultural por ocurrencia a las fuentes más prístinas de lo humano. Este proceso, bien conocido por todo estudioso de la creación literaria, es el que hace la peculiar riqueza de las obras de Asturias, de J. M. Arguedas, de Roa Bastos, dentro del proceso literario latinoamericano. La tradición viviente de nuestros pueblos entrecruza continuamente elementos de su propia y diversa oriundez con otros foráneos que son incorporados, evaluados o parcialmente rechazados en el movimiento de una identidad que se afirma. Importa igualmente al americano incorporar plenamente hoy las manifestaciones literarias que se consideran marginales, no oficiales, populares, escritas y proferidas en otras lenguas o dialectos hablados en América. El idioma español \_poderoso instrumento que logró integrar a distintos pueblos indígenas en una gran comunidad de cultura mestiza\_ no es la única lengua hablada en este continente. Comparte su predominio, como se sabe, con otras lenguas europeas \_el portugués, el francés, el inglés\_ y así mismo con lenguas indígenas que son vastamente habladas: el aymara (1 millón y medio de hablantes); el guaraní (2 millones); el quechua (6 millones de hablantes). ¿Debemos prescindir, quienes hablamos el español -americano, de extender el concepto de literatura a las expresiones orales, escritas o dramatizadas de vastos grupos autóctonos o mestizos americanos? La voluntad cultural de América Latina reclama, por el contrario, la amplia incorporación de una pluralidad de elementos que puedan ofrecernos, sin sectarismos ni resentimientos antihistóricos, una visión integral de nuestra cultura, hecha por otra parte de préstamos y de intercambios internos en los que ya fueron incorporados esos elementos. El estudioso actual no se asoma ya a las culturas indígenas con los ojos objetivantes del investigador europeo sino con el gesto de apropiación fraternal que nos hace reconocernos en la totalidad de las expresiones culturales de América.

También, en ese gesto de relectura hermenéutica, importa recobrar el perfil hispánico, latino, arábigo de la cultura conquistadora, y distinguirlo en su particularismo dentro del perfil europeo. Sólo así nos explicaremos por qué, pese al innegable y parcial genocidio de la Conquista, nació aquí una nueva raza, mientras en otros confines de América eran exterminados los aborígenes y todo rastro de su expresión.

Nuestro imaginario simbólico reconoce una plural oriundez, y se enriquece continuamente con la irradiación de las mitologías indígenas y africanas.

En la herencia idiomática prevalecería la lengua del conquistador, modificada y enriquecida por un nuevo medio, por nuevas palabras, ritmos, imágenes. Es este un aspecto que sólo ahora empieza a ser desbrozado, a partir del intenso trabajo de revalorización que hoy se hace de los materiales escritos en los siglos hispánicos.

Redescubrir nuestra identidad es explorar en tiempo y espacio todas las manifestaciones culturales que nos constituyen. Es también leer con nuevos ojos nuestras escrituras, las que fundan entre nosotros un lenguaje, una manera de estar en el mundo, una memoria histórica.

Desde las cartas y diarios de los navegantes, hasta los documentos, historias, crónicas, memorias o “cartas anuas” que dan cuenta en los primeros tiempos del acontecer de este gran reino de Indias, llegando luego a las obras poéticas o dramáticas, las historias noveladas, los cuentos o parábolas escritos en nuestro idioma con incorporación de fábulas indígenas o incipientes elementos críticos, un ingente material atrae hoy a los estudiosos preocupados por el tema de la cultura latinoamericana. A nadie se le ocurriría ya negar a esos materiales diversos, generalmente dirigidos a conservar una memoria o a dar noticia de lo vivido a mandantes lejanos, su carácter literario. Por el contrario, muestran dentro de su historicidad y estilo testimonial la marca de una imaginación activa, de un asombro vital y una voluntad en acción que confieren matices peculiares a la expresión reclamando su consideración literaria. También entre los documentos antiguos que configuran la historiografía europea u oriental hallamos esa unificación de lo histórico y lo literario que es típica de los textos liminares. La introducción de la imprenta en América a fines de siglo XVI completa la importancia del texto escrito y posibilita su paulatina difusión, hecho no desdeñable en el cambio violento que se inició con la venida de los españoles.

La obra del mestizo Guamán Poma, hoy estudiada con interés, combina ejemplarmente, en un verdadero interdiálogo cultural, la imagen, preferida por el indígena y así mismo por el concilio de Trento como instrumento evangelizador, y la escritura, como comentario o ampliación de las figuras. Mercedes López Baralt ha señalado en ellas la importancia otorgada al libro, que junto con el rosario aparece dibujado con insistencia, y representa en una escena “en abismo” al propio libro escrito por Guamán Poma al ser entregado al rey de España.

Es innegable el papel cumplido por la literatura como reservorio de una memoria que hoy se reactiva plenamente, y también como mediación entre lenguas y culturas disímiles, entre individuos o grupos sociales alejados, entre tiempos distintos. Un nuevo concepto de la literatura desde América retoma esta funcionalidad histórica y cultural, reclama su valor de testimonio y expresión profunda de la conciencia, y necesariamente varía los conceptos y categorías comúnmente aceptados en la consideración de lo literario.

Si bien no compartimos el sociologismo nivelador de todo documento o texto escrito como emergente cultural y social, tampoco podemos refugiarnos en una evaluación estética que reduzca a cierto número de obras declaradamente artísticas el concepto de literatura. La literatura, en América, es y ha sido testimonial, personal, histórica, filosófica, oral y escrita, individual y colectiva, oficial y marginal, popular e ilustrada, tensionada entre imagen y signo escrito, entre una identidad raigal y una cierta vocación de alteridad.

## **2. Creación, lectura y crítica literaria**

Los enfoques que se hacen del lenguaje, y de esa forma expresiva del lenguaje que hemos dado en llamar literatura, dependen en última instancia de actitudes que constituyen opciones inalienables ligadas a determinada visión del mundo y de la vida. Tal ocurre con todos los planos de la cultura, cuyo estudio nos involucra y compromete. Plantear el estudio objetivo y científico de la cultura y el lenguaje, también es optar por una vía del conocimiento que corresponde a un tramo de la cultura occidental en este momento sometida a crítica por los epígonos de esa misma cultura cuya zona de influencia nos abarca sin determinarnos totalmente.

Otra actitud posible y legítimamente revalidable es filosófica, y se matiza con las categorías emanadas del horizonte estudiado. El lenguaje literario mismo, al que abordajes formalistas han intentado reducir puramente al nivel de la enunciación, se revela a su turno como un lenguaje pleno y henchido de significación, como un modo particular del saber filosófico que halla en el juego y desenvolvimiento imaginario su vía de aprendizaje. La palabra se constituye en mediadora entre el mundo vital, generador de imágenes primordiales, y el mundo del logos, de la inteligibilidad

racional. Vivencia, imagen, palabra, concepto, conforman una cadena continuada que si bien reconoce cierta discontinuidad, registra de la misma manera un rumbo de ida y vuelta que es inherente a lo humano. Ese rumbo puede registrar, incluso, momentos de profundización creadora que suponen un cambio de la conciencia ordinaria, un descubrimiento de sentido y una consiguiente irradiación que refluye sobre la vida misma y promueve su desarrollo y autocomprensión. Novalis consideró que la meta suprema de la poesía era la conquista del sujeto trascendental. Pero no es necesario acudir a los prestigiosos ejemplos de la poesía occidental, para hallar la noción de sabiduría poética que sustenta así mismo el shamán, el sabio de las tribus primitivas.

No es ahora el momento de reflexionar sobre los distintos géneros literarios, que emergen de diversas actitudes humanas. Los hombres cantan, celebran, relatan o mimetizan los núcleos míticos de su cultura, antes de acceder a modos más refinados y elaborados de ficcionalización y elaboración filosófica, que culminan con la comprensión de su propio quehacer. Sólo queremos señalar que la creación literaria, aun en los momentos de mayor criticismo, desmitificación o desgarramiento cultural, se hace cauce de símbolos orientadores, hace de la expresión un espacio ritual donde juegan los núcleos de sentido por presencia o por ausencia, y verifica en suma un movimiento de desnudamiento y riesgo que permite igualmente la renudación cultural, la religación ontológica. Tal acto de riesgo engendra asimismo su espejo crítico y autorreflexivo, cumpliéndose en el escritor moderno una de las experiencias filosóficas más profundas y reveladoras de la cultura.

Heidegger, Wheelwright, Ricoeur, Schwartzmann, Kusch, recobran en nuestro tiempo el carácter gnoseológico y heurístico de la aventura artística. Otras líneas de pensamiento la confinan a una significación inmanente, o hacen de ella un ornatus hedonista despojado de significación. La creación estética revela a nuestro juicio cierta actitud fenomenológica, que el método husserliano nos ayuda a comprender y evaluar, induciendo al mismo tiempo una lectura fenomenológica capaz de completar el encuentro estético, al que se halla destinada. Sólo el encuentro estético, de índole intersubjetiva, actualiza plenamente la virtualidad simbólica de las formas, imágenes, ritmos y estructuras literarias. Sin embargo, así como en el escritor esa fenomenología enriquece y amplía en una hermenéutica que restablece las conexiones de su propia experiencia con

la historia, el contexto de la cultura, el ethos de su comunidad, también y con más razón en el lector, en el crítico, que pretende ejercer una función interpretativa, la instancia fenomenológica reclama ser completada con una instancia reflexiva, histórica, hermenéutica.

La lectura crítica no tiene por qué descartar, a su vez, los pasos de una temporaria objetivación metódica, propicia al análisis formal y estructural, siempre que se tenga en cuenta su carácter de abstracción metódica, pronto superada por el diálogo crítico e interpretativo que concede al hecho literario su condición de acto de habla.

Fenomenología y hermenéutica, como momentos complementarios, se presentan pues como las dos caras de un proceso espiritual expresivo que se cumple \_al menos como horizonte y como meta\_ tanto del lado del creador como del lado del lector o escucha.

#### *El momento demiúrgico del arte.*

Esbozado a grandes rasgos este proceso, que se presenta con matices y acentos diversos en la historia de la cultura, quisiera detenerme un poco más en el momento de la creación, a fin de señalar su continuidad con el imaginario simbólico de la sociedad y así mismo su discontinuidad, su aspecto irruptor, deconstructivo y genesáco, de tan complejas proyecciones en las culturas dinámicas y evolutivas.

En la raíz de la persona humana se halla, incipiente o pleno, cierto impulso demiúrgico que es esencial e inherente al acto creador. Tal impulso \_que el artista despliega\_ tiene cierto carácter irracional, dionisíaco, y es por ello aludido míticamente por figuras como el descenso a las tinieblas o el momento previo a la separación de la luz y la sombra. El reconocimiento de esta instancia, sin la cual no hay arte verdadero, lo debemos a los más grandes creadores de todo tiempo y también a la filosofía en sus momentos de mayor comprensión del fenómeno estético. Nos lo ha señalado Rodolfo Kusch, con su teoría de la recreación dionisíaca del teatro y de la cultura popular, y antes que él nos lo han dicho de diversas maneras Platón, Plotino, Dante, Eckhart, San Juan de la Cruz, Novalis, Rilke, Heidegger. El mito tradicional acuña la imagen del descenso al infierno, etapa que el héroe templado y audaz deberá superar luego de haberla experimentado como instancia

regeneradora; sólo así podrá volver a los suyos cargado con la rama de la vida o el elixir de la sabiduría. La visión estereotipada del mito, o su mera objetivación analítica, impide aceptar su contenido sapiencial, no en vano retomado, recreado y vivido por el escritor.

La “deconstrucción” creadora, esa salida a la intemperie de que hablaba Rainer María Rilke, es de esencia poética y en el fondo mística, pero contiene igualmente ciertas facetas que nos aproximan al campo fenomenológico. En efecto, el artista \_iniciado “irregular”, según Guénon\_ practica una valerosa y extrema epojé al producir el desnudamiento de su conciencia y la ruptura momentánea con los símbolos tutelares de su propia cultura. Tal actitud se traduce de igual modo en despojamiento racional, en suspensión del conocimiento adquirido, y en una puesta entre paréntesis del yo personal que hace posible el acceso esporádico al sujeto trascendental liberado de la contingencia, la parcialidad y el dolor. Estos momentos de deconstrucción creadora amplían el conocimiento, imponen la generación de puntos de vista múltiples, inducen esa superación de los opuestos que Nicolás de Cusa postulaba como desiderátum de la filosofía. Para quien experimente en sí mismo la alegría de la creación, o para aquellos que estudian sin prejuicios la creación literaria, estos aspectos se hacen familiares y vuelven explicable al mismo tiempo la renovación proteica de formas y de imágenes característica del discurso literario.

Creadores modernos de Europa y América \_así como de otras culturas que han accedido desde la simbolización tradicional al acto de ruptura y recreación que señalamos\_ nos muestran la fuerza regeneradora que alcanza este gesto fundante, y exhiben así mismo un alto grado de conciencia de su propia innovación. Por ello nos hemos sentido movidos a instaurar una instancia teórica que parte del artista, atendiendo a las manifestaciones creativas de un Novalis y un Huidobro, de Joyce y Macedonio Fernández, de Cortázar, Marechal, Lezama Lima, Sábato.

Los autores de la llamada “nueva novela”, que por nuestra parte hemos propuesto llamar “novela fonomenológica”, han desplegado ampliamente en creaciones dialógicas que combinan lo apolíneo y lo dionisiaco, lo poético y lo discursivo, elementos teóricos de extraordinaria riqueza que nos es lícito y necesario contraponer a los teóricos del vaciamiento cultural, del pensamiento débil, del signo devorándose a sí mismo.

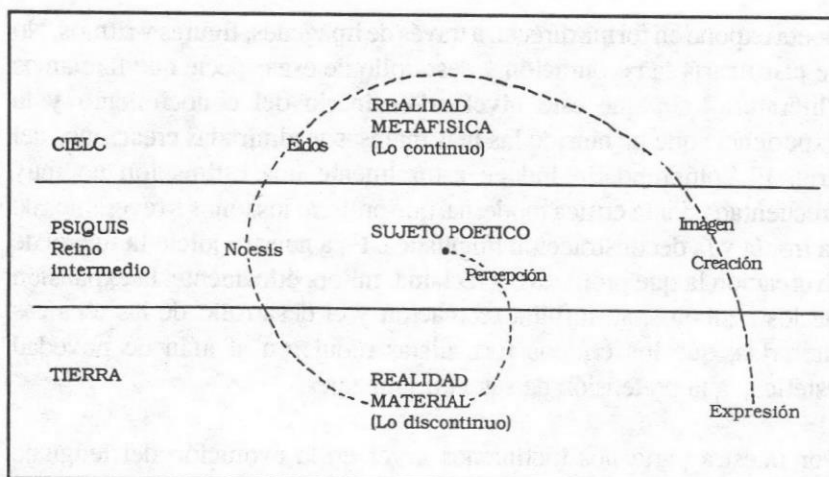


Leopoldo Marechal, a cuyo magisterio acudimos incesantemente, no ha sido un escritor fundamentalmente crítico, ni un lector agudamente polémico como Fuentes o Cortázar. Sin embargo, su honda inserción en el pensamiento popular y tradicional hace de él una voz ciertamente orientadora en los momentos actuales. Marechal ha hablado de la doble encarnación del arte, asentando su concepción del proceso expresivo en el acceso a lo Absoluto, y en instancias de ida y de regreso que relacionan íntimamente lo “celestes” y lo “terrestre”, lo absoluto y lo relativo. Partiendo de Platón, Marechal frecuenta la vertiente plotiniana, de rico desarrollo en la poética occidental y americana, vertiente que rescata el valor de la mediación sensible en la ascensión del conocimiento, como posibilidad de superación de lo contingente y discontinuo a través de sucesivas escalas. Reclama igualmente, en un segundo momento, una nueva encarnación del momento demiúrgico del arte, es decir la superación del silencio místico por la expresión, por la manifestación en imágenes sensibles, o en palabras que las convocan. Es la vía del artista, desplegada por Salomón en sus Cantares, como más tarde por San Juan de la Cruz y Santa Teresa; vía que ha prevalecido en la tradición greco-hebreo-latina, por oposición a la mística negativa.

Lezama Lima decía en 1953: “Apesadumbrado fantasma de nada conjeturales, el nacido dentro de la poesía siente el peso de su irreal, su otra realidad, continua. Su testimonio del no ser, su testigo del acto inocente del nacer, va saltando de la barca a la concepción del mundo como imagen. La imagen como un absoluto, la imagen que se sabe imagen, la imagen como la última de las historias posibles”.

El poema fija intuiciones inaprensibles que nos llevan a reflexionar sobre algunos conceptos de la física moderna. La teoría cuántica sostiene el punto de vista de la discontinuidad, y al reducirlo todo a la existencia de corpúsculos elementales parece dar basamentos a posturas objetivistas, que fijan su atención en las realidades puramente sensibles. Por su parte la teoría de la relatividad, tempranamente asimilada por la estética de la vanguardia, afirma la existencia de un continuum espacio temporal que bien puede legitimar una visión tradicional metafísica. (Ver figura)

El descenso y ascenso del alma por la Belleza, itinerario que Marechal nos propone tomando como guía a San Isidoro de Sevilla, hace posible la conjunción de ambos planos en un periplo de conocimiento y expresión.



En la intención de sintetizar, en forma esquemática, el movimiento del sujeto creador en su avance cognoscitivo y ontologizante, se agrega un gráfico inspirado en la concepción estética, plotiniana.

Así el acto creador, tal como ha sido practicado e intuitido por una vasta familia occidental moderna, y más veladamente planteado por la cultura antigua, practica realmente el “asalto a los cielos”, el acceso al nivel de conciencia que los orientales llaman satori y ciertos estudiosos modernos denominan “conciencia axial”, acto que comporta la fractura de los condicionamientos espaciotemporales y el abarcamiento total de la realidad sensible e inteligible. La figura simbólica del unicornio representó, para el orfismo griego, el místico, y desde allí al artista-iniciado. La aventura gnoseológica, de índole luciferina, fue mantenida en un segundo plano por la autoridad religiosa medieval, que previó sus riesgos humanos y sociales, y combatida duramente por la Inquisición en tiempos de la Contrarreforma. Ha sido en los ámbitos del arte, tan pronto sospechosos de herejía como liberados de otra significación que la del juego, donde se refugió la búsqueda de lo absoluto por vía de la contemplación y la expresión. La experiencia shamánico-poética queda expuesta en las grandes creaciones literarias. Dante hizo de ella el centro de su obra, Borges, en una expresión traspasada de ironía, pero no exenta de búsqueda y hallazgo poético, gira incesantemente alrededor de la experiencia trascendental que queda aludida, problematizada o expuesta en toda su obra.

Los géneros narrativos presentan en términos de relato aquello que el

poeta expone en forma directa, a través de imágenes, figuras y ritmos. No se justificaría la perduración y desarrollo de esa especie que llamamos "literatura" sin que este nivel no-ordinario del conocimiento y la experiencia que ha nutrido las más intensas y admiradas creaciones del arte. El comprenderlo induce naturalmente una estimación no muy frecuentada por la crítica moderna, que prefiere los tonos irreverentes de la ironía y la deconstrucción lingüística. Es a nuestro juicio la fuerza de la creación la que promueve y reclama, mitopoéticamente, la expansión de los símbolos, su infinita recreación y el desarrollo de las técnicas literarias, que los críticos formalistas redujeron al afán de novedad estética, a la pretensión de sustituir lenguajes.

Por nuestra parte nos inclinamos a ver en la evolución del lenguaje estético la progresión de una conciencia poética, crítica y autorreflexiva, estimulada por la reiteración de experiencias trascendentales y por la agudización de su propia evaluación.

Consideramos que la creación es un momento fenomenológico de la conciencia llevada a exigencias máximas de despojamiento, y de tensionalidad perceptiva, noética e imaginaria. La vida se proyecta y autocomprende a través del acto creador cuya manifestación apela innegablemente a la vía simbólica, más propicia a la transmisión de lo impreciso, fugaz, ambiguo e irradiante de la experiencia trascendente. Gracias a estos actos de refundación de la cultura, ésta se recrea y comprende a sí misma, accediendo a instancias más evolucionadas. El lector, a su turno, deberá participar en alguna medida de esta dinámica a fin de sellar su pertenencia a la cultura en tanto que sujeto creador, sin que esto impida su distanciamiento crítico, sus procedimientos de análisis y su explicación hermenéutica.

No pretendemos la aplicación estricta de la fenomenología husserliana sino más bien la asimilación de una actitud que ha sido desplegada, rectificadora o completada por pensadores como Heidegger, Buytendijk, Buber, Scheler, Sartre, Marcel, Kusch, Ricoeur, Bajtin. El monólogo de la conciencia se enriquece en la concepción de hombre en diálogo, en la valoración de la corporalidad, en la aceptación de la finitud y en la estimación estética como ámbito privilegiado de emergencia del sentido.

## *El posmodernismo y la cultura latinoamericana*

El gesto acusador de Nietzsche sobre la cultura occidental \_caracterizada como cultura de la razón, el poder y la ciencia\_ es el punto de partida de un nuevo ciclo europeo que tiene su actual desarrollo en el ámbito de los estudios literarios, asentándose parcialmente en la fenomenología. Jacques Derrida es, a partir de 1960, el maestro de esa corriente que postula la deconstrucción de la metafísica, del sujeto, de la filosofía. En realidad, postula también la negación de los supuestos metafísicos de la fenomenología, niega una fenomenología instauradora de sentido. La crítica derrideana, bartheana, kristeviana, que nos invadió en los últimos años, ha adquirido especial desarrollo en Francia y en los Estados Unidos engendrando posturas diversas que no excluyen cierto atractivo irracionalismo pseudopoético o cierta búsqueda del fundamento cultural por ejemplo en la América del Norte. Quienes veníamos denunciando las aporías del cientificismo y la lógica discursiva en su aplicación a la obra literaria, quienes tomábamos distancia del signo saussuriano y su secuela formal estructuralista, nos enfrentamos hoy a una pluralidad de corrientes que representan el último tramo del pensamiento europeo llevado a una fase decadentista pero no despojada aún de voluntad de dominio. Sin pretender aquí una unificación ni una simplificación de este campo, señalaremos algunos rasgos que diferencian claramente la postura latinoamericana: el posmodernismo es contrario al realismo literario; niega al sujeto, el símbolo, al referente. Se aleja de las interpretaciones en función de la productividad como proceso de diferenciación permanente. Los signos se engendran a sí mismos en un movimiento infinito, y su lectura adopta ese mismo movimiento, transformándose en una infinita semiosis. No existe por lo tanto la posibilidad de una interpretación, o de interpretaciones convergentes en función de un sentido. No hay categorías de verdad en la interpretación: el campo de las interpretaciones es un campo de mentiras. La cultura es un acto represivo que ataca la infinita libertad del individuo. La literatura es pura y exclusivamente definida como el juego de la infinita alterización. (Juego que no negamos pero en nuestra perspectiva se ejerce en función de la búsqueda de la identidad).

La huella a que se reduce la escritura es irreductible a la presencia. Es el no-origen, la ausencia, el nihil ontológico.

La profundización adecuada de estos temas hará comprensible nuestra posición fundada en valores, aceptación del sentido, afirmación de la persona y la cultura e inserción en una tradición. Esta postura ha querido ser descalificada como reaccionaria, se la ha querido vincular a estructuras rígidas de poder, o a conceptos de clase. Aunque no es el momento de debatirlo a fondo, me limito a recordar que los grandes depositarios de la tradición son precisamente los pueblos, en sus estratos más humildes. Y para un concepto profundo de la alteridad en el pensamiento popular remito a Kusch, y también al ruso M.M. Bajtin, discípulo de Dostoievski. Ambos han señalado la vitalidad omniabarcadora de la cultura popular, y Kusch ha profundizado en el tema de la negación, inherente a toda tradición viviente. Conscientes de ello, proponemos hallar los fundamentos de nuestra identidad cultural a través de una tripe búsqueda: el logos popular; la creación del artista y los textos que documentan nuestro origen histórico.

Una perspectiva fenomenológica nos permitirá superar los condicionamientos ideológicos y así mismo la objetividad científicista, ajena a la dinámica creativa, y acceder a la génesis literaria, sin dejar de apreciar sus efectos expresivos. Más aún, nos será dado restituir su enlace profundo a la instancia genética y su manifestación estético-formal.

Los pasos de un método fenomenológico, libre y creadoramente asumido, configuran un camino fecundo para el abordaje crítico e interpretativo de la obra literaria, recuperando la singularidad de su producción y mensaje. Ingarden propuso una fenomenología científica, fundada en la abstracción, al dividir al texto en estratos que son tratados descriptivamente. Nosotros preferimos valorizar la instancia del encuentro estético como generación de intuiciones básicas que el análisis y la interpretación irán confirmando, rectificando y enriqueciendo. El primer paso será hacer silencio a la conciencia desterrando momentáneamente los prejuicios, las ideologías y todo conocimiento que pueda interferir nuestra apertura al hecho expresivo. Dejaremos que éste se nos muestre en su irreductible singularidad. Esa suspensión del juicio nos permitirá captar los aspectos fenoménicos de la obra, aquello que se manifiesta a la percepción y a la intuición en sus diversos grados. La conciencia, en otros momentos puramente receptiva, se convierte en conciencia activa y productora de luz por obra de la compenetración fenomenológica.

Es a través de su conformación fenoménica como las esencias se hacen intuitibles, nos dicen Jean Wahl y Merleau Ponty. La antinomia esencia-fenómeno es superada por la fenomenología existencial, tanto como lo es la antinomia espíritu-materia. También Heidegger y Sartre señalan la artificialidad abstractiva de la idea de esencia. Nos llaman la atención, en suma, sobre el campo estético, tanto en lo que se refiere a la captación del mundo como en lo que atañe a la expresión misma.

Partimos del mundo vital, el mundo de la vida cuya consistencia simbólica nos conforma y acompaña desde la infancia. La actividad poética despliega esa riqueza en órbitas de creciente conocimiento y autoconciencia. A partir de la reducción trascendental nos es dado acceder a instancias más profundas de comprensión, en un proceso de revelaciones crecientes. La creación, acontecimiento de la conciencia, pone en marcha un proceso de simbolización que es instaurador, otorgador de sentido.

El artista genera una dinámica espiritual que, al ser comprendida e iluminada por una conciencia hermenéutica, revierte sobre su propio suelo cultural, reanudando los hilos de la tradición, deificándola. Por ello innovación y tradición se enlazan profundamente en el arte.

Finalizaré estas consideraciones con una cita del profesor Wadim Struckhoff, tomada de un ensayo publicado hace varias décadas:

Para el que no es capaz del acto de la creación intelectual, para el no concibe la conexión de lo empírico con lo espiritual, la palabra "arte" no corresponde a ningún concepto efectivo; es una locución de sentido vago convencional, vacía de sentido real; el que estudia el arte prescindiendo de su condición substancial, permanece fuera del alcance de lo suprasensible, espiritual, cultural, estrechamente atado a los límites de los fenómenos empíricos y racionalistas. Para él la pintura es sólo un complejo de reproducciones coloreadas y geométricas de la naturaleza, y la poesía sólo un conglomerado de palabras.

### **3. La literatura en la reconstrucción cultural.**

El movimiento de conciencia cultural americana a que hemos hecho referencia, y cuyo surgimiento nos hace ser optimistas con relación a la

supervivencia de nuestros pueblos, no puede hacernos ignorar la honda crisis que vivimos en todos los planos, crisis que es inherente a la cultura del mundo y que se despeña de modo especial desde los países centrales hacia los países periféricos, generando en éstos una superposición de conflictos filosóficos e ideológicos sobre el dramático suelo de sus propios conflictos socioeconómicos e históricos.

La filosofía, el pensamiento, la creación, son formas humanas poderosamente desalienantes cuyo ejercicio no es accesible a todos. Muchos de nuestros compatriotas se hallan sumidos en condiciones de vida miserables o al menos difíciles, y llegan a limitar sus preocupaciones a la supervivencia de su familia. No podemos pedirles que en medio de tantas dificultades hallen tiempo para el otium latino o la contemplación propia de la cultura indígena. Por otra parte, cubren su cuota de expansión o ejercicio simbólico accediendo a los medios de comunicación, hoy subalternizados por formas espurias de la cultura, o por mensajes intrascendentes. La problemática es amplia y su tratamiento urge a la redención de los pueblos latinoamericanos.

Sólo quiero referirme, brevemente, a la virtualidad de la literatura en la reconstrucción de una cultura en crisis. Su aplicación, su relacionamiento con la política educativa, con la difusión por medios de radio y televisión, es así mismo parte inherente a este problema, que no trataremos aquí.

La literatura no es especialización ni profesión. Es parte de la vida y de la cultura, en la medida en que sepamos reintegrarla a ella, ya sea como actitud de vida \_como lo deseaban los surrealistas, que fugazmente despertaron a un reclamo de autenticidad\_ ya como ejercicio de la expresión \_"La poesía debe ser hecha por todos" dijo Lautréamont\_ o bien como lectura. La lectura está siendo abandonada por nuestros niños, por nuestros jóvenes, llamados por el señuelo de la electrónica, los juegos computacionales, etcétera.

Pero la lectura guarda en sí misma un fuerte contenido formativo al dinamizar mecanismos imaginarios que sólo son receptivos frente a la pantalla de televisión, o al despertar instancias críticas que ésta anula o relega.

Es en la lectura nacional, en los clásicos latinoamericanos, en la rica

literatura de nuestras regiones culturales, donde la juventud puede abreviar un estilo de vida, un perfil moral y religioso, un estilo cultural que es el propio de su pueblo. La casetera o la computadora favorecen las actitudes hedonistas individuales; la lectura, inducida hacia los textos de nuestra cultura, nos permite una relación de pertenencia a la comunidad, un relacionamiento más intenso con el paisaje, el suelo, el entorno: un reconocimiento de costumbres y modalidades que vamos perdiendo ante la invasión informática. No se trata de reclamar un sentido folklórico o localista de la cultura. Obras aparentemente poco ejemplares o representativas de actitudes paródicas, humorísticas, rupturistas, irónicas, nos dicen mucho sobre nuestra propia identidad, nos cuestionan sobre ella, nos llevan a problematizar nociones estereotipadas sobre nuestro propio ser en el mundo. No estamos pues hablando de la imposición de un clasicismo ejemplar, o de la selección de obras paradigmáticas en lo moral, a fin de engendrar modelos culturales. Esos modelos se van dando más allá de nuestra propia intencionalidad selectiva, en la medida en que un pueblo se reconoce en determinados símbolos, arquetipos, gestos y figuras.

Es la gran literatura latinoamericana la que nos podrá devolver los signos de orientación perdidos, la utopía desdibujada, los incentivos para recrear la vida y la cultura.

América contrapone hoy al logos racionalista científico europeo, y a su contracara, el irracionalismo deconstructivo posmoderno o autotitulado tal, una voluntad de afirmación de su propia identidad cultural y una plena conciencia reflexiva de ésta.

Desde el suelo cultural, histórico y geográfico que nos es propio, vivimos como sujetos de un estar y un pensar fundante nuestra condición americana, que es universal por auténtica y desenmascaradora, por fiel a sí misma y abierta a las alteridades que han definido su ipseidad.

Ya no nos es posible pensar lo humano desde la ratio objetivante moderna, ni tampoco desde la frivolidad de un pensamiento débil reactivo a la historia y a la interpretación. Tampoco vemos posible la inercia rutinaria que sigue ligándonos a ciertas nociones convencionales, entre ellas la de una literatura sñgnica y formalista, definida como fruto de un artificio profesional. Julio Cortázar denunció genialmente a la literatura



como una de las “turas” que nos alienan y deforman el sentido de la creatividad humana.

Recobrar el suelo simbólico es así mismo restaurar los lazos de la expresión literaria con todas las otras manifestaciones de la cultura, devolver su sentido a la imagen, al gesto, a la música y a la plástica. Ligada a ellos, la literatura se nos aparece como una instancia de mayor densidad crítica, pero también mediadora y abierta a los sistemas no verbales que en ellas son convocados por la palabra.

Una potenciación de la literatura como emergente cultural nos lleva a recobrar un valor dinámico de la tradición, que en ella se sedimenta y se renueva en un proceso continuo, tal como es característico, según Gadamer, de toda tradición viviente e reinterpretativa. Imágenes, ficciones, parábolas, relatos, dramas, conforman pues un universo expresivo que nos ayuda a reconocernos como pertenecientes a un tiempo y un espacio comunes, a reanudar una memoria histórica, afirmar valores y modalidades de vida. La literatura, bien entendida, nos ayuda a ser, a crecer en diálogo, a resolver creadoramente los conflictos, a superar las aporías de la razón.

La literatura nos ofrece ficciones que revelan hondamente los arquetipos desvaídos que fundan nuestro imaginario simbólico. En ellos nos reconocemos, en ellos nos espejamos. Comprender y amar la literatura nos ayudará a recrear nuestras fiestas, nuestros símbolos, nuestra memoria, a depurar nuestro lenguaje, a superar las alineaciones, a gestar un pensar originario.

No hagamos de las obras literarias el campo de aplicación de métodos analíticos, ni volquemos a ellas una obsesión clasificatoria ordenadora. Propongo en cambio escuchar la palabra del poeta, del escritor, por ser ésta una palabra fundante, humanista y desalienante. No confundamos autoridad con autoritarismo, no incurramos en la cosificación de la palabra, no ignoremos al sujeto autor o gestor, ni nos neguemos la función de sujetos receptivos y críticos. No nos neguemos así mismo al reconocimiento de un sentido que se muestra en la mediación del lenguaje mismo.

En tiempos tan críticos como los que vivimos, cuando los vientos de la disolución amenazan con destruir al hombre y su hábitat, la revaloración

de la literatura y de las artes tiene el valor de un gesto auténticamente revolucionario que alentamos dentro del amplio movimiento americano de reconstrucción de la cultura.

### **Referencias**

Mercedes López Baralt: "La Crónica de Indias como texto cultural" Revista Iberoamericana, Nros. 120- 121, 1982.

Leopoldo Marechal: Descenso y ascenso del alma por la Belleza. Ed. Citea, Buenos Aires, 1965.

Roger Godel: Ensayos sobre la experiencia liberadora.

Prólogo de Mircea Eliade. Hachette, Buenos Aires.

Versión castellana de R. Anaya, 1955.

Wadim Struckhof: Elementos de estética. Colegio Libre de Estudios Superiores. Buenos Aires, 1937.

Paul Ricoeur: Hermenéutica y estructuralismo. Megápolis, 1975.

La metáfora viva. Megápolis, 1976.

Temps et récit, Seuil, Paris, 1983-1985, 3 tomos.

Hans Georg Gadamer: Verdad y método. Sígueme, Salamanca, 1977. Ed. original, 1975.

José Lezama Lima "Las imágenes posibles" 1953.

Rodolfo Kusch: La negación en el pensamiento popular.

Ed. Cimarrón, Buenos Aires, 1975.

M.M. Bajtin: La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de François Rabelais.

Barral, Barcelona, 1974.